

muestra del gran afecto y deuda que amigos y discípulos tienen por don Rafael, a quien desde pequeños leemos y estudiamos con fruición.

Esta deuda se extiende también al profesor Miguel Ayuso por el esfuerzo de sistematizar el pensamiento de uno de los autores más importantes del frondoso árbol de la tradición hispánica.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

### *José Orlandis Rovira: LA IGLESIA CATÓLICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX* (\*)

El profesor Orlandis parece haber rejuvenecido a partir de su jubilación en la Cátedra de Historia del Derecho y en la Dirección del Instituto de Historia de la Iglesia en la Universidad de Navarra. Lo digo porque sus trabajos, plasmados en libros y publicaciones diversas, no cesan.

Hace dos años publicó una espléndida síntesis sobre *El Pontificado Romano en la Historia*, libro del que se dio noticia puntual en *Verbo* (\*\*). No se trataba de una *historia* de la Iglesia, ni tampoco de una historia de los Papas, sino del Pontificado Romano desde los orígenes (Primado de San Pedro) hasta los umbrales del tercer milenio (Primado de Juan Pablo II). Era una historia, en la que el lector se sentía prendido, contado con una prosa limpia y sencilla, sin vulgarismo alguno, en la que se resaltaba la epopeya humano-divina del Pontificado y la universalidad del Primado supremo del Papa como elemento fundamental de la constitución querida para la Iglesia por su Fundador, Jesucristo.

Al resumir esta epopeya de veinte siglos, el profesor Orlandis nos dejó, como suele decirse, "con la miel en los labios", pues el lector contemporáneo aviva más su interés y su atención cuando se le cuentan por un historiador, tan amigo de la verdad de los

(\*) Ed. Palabra, Madrid, 1998, 304 págs.

(\*\*) *Verbo*, núm. 353-354 (1994), págs. 387-403.

hechos —basamento de la historia— como lo es Orlandis, sucesos que el propio lector ha vivido o, al menos, son tan cercanos que puede decir que los ha leído o contemplado en los actuales medios de información.

Ahora, con su nuevo libro, el profesor Orlandis entra de lleno en la apasionante historia de la Iglesia Católica en la segunda mitad de este siglo xx, ya tan cercano a su extinción. Tema, repito, apasionante que interesa a cualquier hombre culto —católico o no— que desee lograr un conocimiento adecuado de un período en el que cinco Papas se han sucedido en la Cátedra de San Pedro; en el que se reunió el Concilio Vaticano II; en el que se renovó el Derecho de la Iglesia, se reformó la liturgia y se publicó el Catecismo de la Iglesia Católica. Un período, como casi todos los de la Historia, con luces y sombras; pero una y otras más acusadas que en épocas pretéritas a los ojos de un mundo en el que la fe y la razón aparecen como contradictorias para lograr la verdad, tal y como expone en la última encíclica *Fides et Ratio* Juan Pablo II.

Subraya el autor en el prólogo de esta historia que “no ha transcurrido todavía el tiempo necesario para poder contemplar ese período histórico con óptima perspectiva”, sin embargo, el riesgo de la imperfección se compensa con el ofrecimiento al lector de una visión, sustancialmente válida, de un capítulo de la bimilenaria historia de la Iglesia cronológicamente próximo y que conserva una palpitante actualidad.

La época del Concilio Vaticano II constituye la primera del volumen, con seis capítulos comprensivos de los pontificados de Pío XII (en sus postrimerías), Juan XXIII y Pablo VI; es decir de los años 1950 a 1978.

Los motivos de la inquietud, debidos en gran parte a las nuevas corrientes doctrinales que irrumpían con fuerza en el horizonte de la teología (la *Nouvelle Théologie*, nacida en Francia), comenzaron a empañar el ambiente de extraordinario prestigio que gozó la Iglesia durante el reinado de Pío XII. La *Humani generis* reflejó esa inquietud ante opiniones que, con palabras de aquel Pontífice, “amenazan arruinar los fundamentos de la doctrina católica”. Tal encíclica vino a desmentir el predicado —in-

cluso en algunos ambientes eclesiásticos de aquellos años— inmovilismo del gobierno de la Iglesia por Pío XII. Este, ciertamente, gobernó con autoridad, mas lo hizo ante unas circunstancias en que toda debilidad hubiera dado alas al nuevo modernismo teológico, que tuvo después un desarrollo impresionante. Si en 1952, dos años antes de su muerte, Pío XII habló de una crisis bastante grave del estado sacerdotal, el fenómeno no admite comparación con las gravísimas crisis que llegaron tras el final del Concilio Vaticano II.

Antes de continuar con la recensión del libro, quisiera subrayar cómo su autor, el profesor Orlandis, no oculta ninguna de las circunstancias que condujeron a tal crisis. Las expone, al igual que lo hace con las semblanzas de los Papas de cuyos Pontificados hace historia con toda claridad. Huye, pues, de esas acerbas críticas que, por lo general, no sólo se ceban en los errores, sino, además, en las personas y en sus intenciones; olvidando que aun los santos tuvieron errores de juicio, pues la santidad no los excluye, ejercieron “tan sólo”, como señalaba Santo Tomás de Aquino, lleno de ironía universitaria, las virtudes “en grado heroico”.

Quede aquí esta reflexión, especialmente indicada para el pontificado de Paulo VI, que hizo sufrir, especialmente, a muchos fieles católicos españoles.

Juan XXIII, *el buen Papa Juan*, parecía ofrecer un *pontificado de transición*. Sin embargo —los futurólogos suelen olvidar que a la Iglesia, y a los vicarios de Cristo en la tierra, los mueve el Espíritu Santo—, fue al Papa que en un sólo día, el 25 de enero de 1959, anunció nada menos que: la reunión de un sínodo romano; la reforma del Código de Derecho Canónico y la convocatoria de un concilio ecuménico.

Se dibujó éste como un concilio de prevalente índole pastoral para el *aggiornamento*, actualización o puesta al día de la Iglesia. Un concilio cuya preparación —de 1959 a 1962— tuvo un difícil rodaje; dificultades que se acrecentaron hasta la muerte de Juan XXIII (3 de julio de 1963).

Antes de continuar historiando fases siguientes del concilio, el profesor Orlandis nos ofrece una semblanza del nuevo Papa

sobre cuyos hombros recayó la ingente tarea de llevar el concilio a puerto: Paulo VI, antes Juan Bautista Montini, cuyos antecedentes familiares y su propia personalidad (catolicismo profundo, vinculación fiel a la Santa Sede, repulsión hacia el fascismo e ideologías que él creyó afines, inclinación hacia Francia y la cultura francesa y a las políticas demócrata-cristianas) lo configuraron como *progresista*, en cuanto propulsor del cambio y, al mismo tiempo, como *moderado*, conservador escrupuloso del depósito de la Fe. Tales características —cambios en la liturgia, indecisiones ante la *contestación* de muchos católicos, por una parte y, por otra, la *Humanae vitae*— no lo abandonaron hasta su muerte.

Retomada la dirección del Vaticano II, Paulo VI siguió de cerca la marcha de las deliberaciones en los tres períodos siguientes en los que se aprobaron la Constitución dogmática *Lumen gentium*, los Decretos sobre las Iglesias orientales, la *Dei Verbum*, la *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, la Constitución pastoral *Gaudium et spes* y, entre otros decretos, el importante *Presbyterorum ordinis* paralelo, en su doctrina respecto al sacerdocio, con el *Christus Dominus*, sobre los obispos. Antes de la clausura del concilio (8 de diciembre de 1967), Paulo VI publicó el “motu proprio” *Apostólica sollicitudo*, creando el Sínodo de Obispos.

Observa Orlandis cómo la mayor parte de los 16 documentos conciliares fueron aprobados por práctica unanimidad (los votos negativos no llegaron al 5%), lo que si para el creyente es una muestra de la acción del Espíritu Santo no excluye el perseverante esfuerzo de Paulo VI en recabar el consenso general de los padres conciliares. Es decir, que no fue *el reformador solitario*, como lo define alguno de sus biógrafos, sino que conjugó la preocupación para salvaguardar el depósito de la Fe y de la Moral católicas con un talante escrutador de los que se llamaron *signos de los tiempos* que precisaba preparar a la Iglesia para el cumplimiento de su misión divina en el mundo contemporáneo.

A Paulo VI le tocó también contemplar un tiempo de reformas en el que la confusión y las agitaciones contestatarias turbaban los años del período posconciliar. Crisis cuyos primeros síntomas aparecieron antes de que el concilio concluyera sus traba-

jos y que alcanzó después a la Iglesia universal. En 1968 decía ya el Pontífice: "La Iglesia se encuentra en una hora de inquieta autocrítica, o mejor *de autodemolición*; está golpeándose a sí misma". Y en 1972 pronunció la frase que causó sensación: "El humo de Satanás se ha introducido en el Templo de Dios".

Tomadas de las estadísticas oficiales de la Iglesia nos da el profesor Orlandis, en varios cuadros, los datos de las proporciones de la crisis entre los años 1964 a 1980, tanto de las secularizaciones del clero seglar y de los religiosos y religiosas, como del apostolado seglar, porcentajes de bautismos, matrimonios, nacimientos, ordenaciones, etc. Son, en suma, cientos de miles y reflejan el aspecto externo de la crisis, aunque no la explican del todo, ni es fácil explicarla en todas sus manifestaciones.

Orlandis dedica bastantes epígrafes a estas causas de la crisis y a los casos concretos, generales y particulares, que la pusieron de relieve. Tal vez —dice— pudieran sintetizarse, como causas principales: el impacto de la modernidad sufrido por la Iglesia en una hora de inquietud y desazón, de cambio y de reforma, y un debilitamiento de la fe en la constitución divina de la Iglesia con la tendencia a aplicar a su gobierno los principios y reglas de juego político democrático; los desórdenes litúrgicos y disciplinares; la *contestación* —actitud de desobediencia a la Iglesia jerárquica y de rechazo a la doctrina tradicional— tan aguda en cuestiones de Dogma y Moral, autoridad del Papa y disciplina eclesial, que alcanzó su cénit en las reacciones ante la *Humanae vitae*, el Catecismo holandés y el caso Lefebvre; los problemas sobre la legalización del aborto; la apertura al Este (la *Ostpolitik*); la teología de la liberación; la *Iglesia Oficial* en China, etc.

Los juicios de Orlandis sobre estas cuestiones son lúcidos y exactos; tanto, al menos, como los de las difíciles relaciones de la Santa Sede con la España de Franco, en las que —dice Orlandis— "hoy resulta posible respetar la presunción de buena fe en ambas partes, movidas ambas, seguramente, por lo que estimaban el mejor bien de la Iglesia en España y del pueblo español". Las actuaciones de Benelli, Dadaglio, Tarancón y el propio Paulo VI, por parte de la Santa Sede, y de Carrero Blanco, López Bravo, López Rodó y el mismo Franco, por España, son resumi-

dos y juzgados por el profesor Orlandis —con particular claridad y caridad, repito— como todas las demás cuestiones de su interesantísimo trabajo, cuya parte primera termina con la muerte de Paulo VI el 6 de agosto de 1978.

La segunda parte engloba los pontificados de Juan Pablo I y II. El primero, pese a su fugacidad —33 días— abrió las puertas del futuro; significó un cambio de clima y de coyuntura histórica y fue el precursor de Juan Pablo II. La elección de éste y el gobierno de la Iglesia con la crisis de la nueva modernidad ocupan cerca de 100 páginas en esta parte, es decir, casi la mitad del libro. Los trabajos y los días del actual Pontificado; la singularísima personalidad de Juan Pablo II y sus ingentes tareas intelectuales, apostólicas y pastorales; sus encíclicas y peregrinaciones; el incremento de su autoridad moral acatada, aunque no siempre obedecida, por todo el mundo. Todo esto lo enlaza el profesor Orlandis, en los tres últimos capítulos del libro, con las razones para la esperanza —que se abren tras dos décadas de pontificado de Juan Pablo II— en la situación de la Iglesia. Pues ésta, en verdad, “nunca en la historia había sido tan universal como ahora; nunca tan «católica», por la diversidad nacional y étnica de sus fieles; nunca el Papa había gozado de un prestigio moral tan alto, no sólo entre los fieles, sino también entre los hombres del mundo entero, que le consideran como la más alta autoridad espiritual del orbe”. Cierta también, que “la Iglesia ha sufrido las consecuencias de una aparente crisis de vitalidad debida, en gran parte, a los efectos negativos del masivo enriquecimiento de las sociedades del Primer mundo, provocada por la pasión del consumismo, un desmedido afán de bienestar, un hedonismo excesivo, un materialismo práctico, en suma, desecador de la vida religiosa”; y que problemas como los planteados en la lucha por la vida (aborto, eutanasia), en la desintegración de la familia (divorcio, parejas de hecho), en el feminismo y homosexualidad, etc., son hoy acuciantes y a los que la Iglesia da cara con valentía y “contracorriente”, y a los que el Papa Juan Pablo II dedica toda su energía, denunciándolos y planteando soluciones con vigilante caridad. Serán también un reto para el año 2000, ya en puertas. Un reto para la santidad de la Iglesia

semejante al que, hace veinte siglos, afrontaron los primeros cristianos según refiere la carta a Diogneto: "Lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo". Tal es el reto, el de infundir un alma al mundo neopagano del siglo XXI.

Durante dos mil años —con palabras de Chesterton (\*\*\*)—: "El pastor cristiano (el Papa) no tiene que pastorear rebaños de corderos, sino manadas de toros y tigres, de ideas terribles y voraces doctrinas, cada una de las cuales se hubiera podido erigir en falsa religión corrompiendo el mundo para siempre". Sin embargo, "a mis ojos, aparece el carro celeste (la Iglesia) volando entre los siglos con cortejo de truenos, torciéndose abajo las torpes herejías; pero en el carro está, revuelta aunque siempre firme, la verdad".

En suma, un libro escrito por un gran especialista en Historia de la Iglesia que, sin ocultar dato alguno respecto a la crisis eclesial, está lleno de optimismo cristiano. No en balde aparece en el año dedicado por Juan Pablo II al Espíritu Santo y es Él quien, en definitiva, conduce a la Iglesia.

JAVIER NAGORE YÁRNOZ

### Luis González Antón: ESPAÑA Y LAS ESPAÑAS (\*)

El autor de este libro pretende *reivindicar* esa realidad que es España, fraguada en el transcurso de los siglos, y desvelar los errores y prejuicios con los que no pocas veces el español suele contemplar su pasado y juzgarse a sí mismo.

Aunque quizás resultase algo improcedente en un libro estrictamente de historia, en las páginas de este libro no aparece directamente si dicha *reivindicación* se basa en el deber de las familias en mantener y continuar el legado de sus mayores, o

(\*\*\*) *Ortodoxia*, Espasa-Calpe, 1939, págs. 202-203.

(\*) Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1997, 815 págs., 1.700 ptas.